

desenlace no va a haber ninguna gran revelación (ha leído otros libros de la misma autora), pero le gusta eso, las historias que al final la decepcionan un poco». «La vida no tiene trama, solo interpretación»... Si la vida, la anécdota o la novela no nos han llegado completas, es porque, en algún

momento, cuando estemos situados en el punto correcto, nos serán reveladas al completo. O no, qué más da.
—ANA MUÑOZ.

Miguel Serrano Larraz, *Cuántas cosas hemos visto desaparecer*, Barcelona, Candaya, 2020

Una novela pedagógica

MANUEL Azaña publicó *El jardín de los frailes*, por entregas, entre 1921 y 1922, en *La Pluma*, periódico fundado por el propio autor. Es una obra que se configura como un tratado de educación, cercano al modelo de novela pedagógica, en la que importa la articulación de un contenido doctrinal educativo, aunque, en este caso, no sea por la voz de un personaje docente quien dialoga con el alumno, sino a través de la crónica de la formación intelectual universitaria de la clase burguesa dirigente, sobre la que ese yo narrativo, con sus juicios continuados, vuelve una y otra vez en clave de denuncia. El texto se publicaría como libro unitario en 1927, finalizando la dictadura de Primo de Rivera, y está dedicado a su cuñado Cipriano Rivas Cherif, quien el mismo año de 1921 publicaba otra novela de costumbres escolares poco conocida, *Un camarada más*, que indagaba, además, sobre los modos de vida de los educadores de la Institu-

ción Libre de Enseñanza, y establece un vínculo con el texto de Azaña.

Manuel Azaña adoptaría los rasgos de diario o de libro de memorias para casi la mayor parte de su obra, como una expresión posible que le permita escribir literatura de conceptos pedagógicos y / o de instrucción, aunque el resto de su creación se concrete en la noción de crítica literaria, o de estricta acción política y que, con su actitud, apunte a ser considerado un escritor de compromiso generacional, respecto al sintagma de la crítica de la cultura en tanto que toda su obra tantea una función social, derivada de su peculiar grado de eficacia artística; una poética que, en definitiva, consiste en un esencialismo influido por la psicología, el arte y la estética. Para ningún otro escritor de su generación, el Novecentismo o la calificada Generación del 14, el propósito educativo fue consustancial a la obra creativa que fundamenta en modelos literarios cercanos a la novela lírica, novela de formación o novela de

artista, cuyas estructuras novelescas fueron imprescindibles en la creación de la generación, y añadían reflexiones y análisis cercanos al ensayo, el diagnóstico sobre la realidad histórica, cultural y educativa, y por eso, las novelas de internado religioso, textos por los que transitan los escritores Miró, Pérez de Ayala, Cejador o Sánchez Mazas, resultan algo más que ilustraciones estereotipadas de una triste realidad nacional. En Azaña, y en su obra, *El jardín de los frailes*, se hará más evidente puesto que, por encima del diagnóstico más o menos anticlerical, resalta el trabajo literario sometido a la labor exigente del escritor, del artista, porque estas novelas colegiales son obras autobiográficas donde se determinan los condicionamientos y las justificaciones del proceso que disgrega la personalidad. Resultan mundos narrativos complejos que se interrogan sobre el sentido de una vocación, de la libertad individual y de la espontaneidad de los instintos, en definitiva, de la victoria de lo vital sobre la represión.

El jardín de los frailes responde tanto a un profundo gesto anímico como a un meditado propósito estilístico, explora las claves culturales de un país, y ocurrirá lo mismo con otras obras narrativas del autor, motivadas por la exposición de unos condicionamientos ideológicos cuyo resultado es la prosa de un intelectual abocado por entero a los palpitantes problemas de la sociedad de su tiempo. En este texto se formaliza un discurso narrativo gobernado por el yo del autor que hace un ejercicio constante y obsesivo de introspección, y fusiona vida

y literatura. Azaña realiza ese regreso al pasado como ejercicio de purga interior que le ayuda a sentar las bases de una tarea cultural ulterior, de mayor alcance. El método utilizado para escribir *El jardín de los frailes* evidencia un exclusivo tratamiento de cierta complejidad literaria, alejado de un realismo precedente a ultranza, en los aldaños de la novela lírica, que recurre a la memoria para cotejar intelectualmente los puntos temporales focalizados: la etapa del estudiante universitario del internado y las circunstancias vitales posteriores de la narración.

El tratamiento de la enseñanza de la literatura resulta interesante, y se enumeran las carencias que el narrador señala: el padre Blanco imparte lecciones soportables, y dará a leer al joven el volumen de *Pepita Jiménez* que ayudará a conformar la sensibilidad artística del estudiante, y al posterior autor Azaña. Los frailes enseñan la literatura del Siglo de Oro como compañera de la fe, y se alude a Quevedo y a Gracián, a quien califica como «ese taimado Gracián, baturro jesuita, loco de vanidad», aunque a veces el estilo conciso y conceptuoso de Azaña recuerde al del aragonés; se denigra a Calderón, y se pondera el *Quijote* y a Cervantes al hilo de la evocación de Alcalá de Henares, y muestra inequívoca de la faceta del Azaña crítico literario.

El narrador suscita cinco personalidades bien definidas que, desde una curiosa y acertada perspectiva estructural, se alternan y el lector distingue; en primer lugar, la figura latente de un Azaña de singular potencia intelectual y una visión clara del mundo; una segunda, con un narrador omnisciente

que se manifiesta como dueño absoluto de los recuerdos evocados; en tercer lugar, ese muchacho que fue Azaña, entrevistado a través de la rememoración; una cuarta, con el perfil de ese adolescente que modela el autor de la narración; y finalmente, el ideal joven que quedará al margen del colegio. Distintas instancias narrativas entrelazadas que dan riqueza a la textura de lo contado y posibilitan el tratamiento de un tiempo flexible con continuadas retrosecciones y proyecciones de futuro.

Los dos momentos temporales en torno a los que se articula el relato, el muchacho intimidado que ingresa en El Escorial y el hombre joven-maduro que cuenta lo sucedido al primero,

se complementan y conforman el proceso intelectual, tanto en el momento de la redacción de la obra como de los hechos autobiográficos, fundidos en su totalidad, de manera que lo estrictamente biográfico se convierte en símbolo y lo intelectual como sustancia de la experiencia del adolescente, transformado en un autobiografismo que conduce a subrayar ese juicio personal contra una educación en su sentido amplio, religión, filosofía, patria, percibido y subrayado por un autor en una lacerante crisis. —PEDRO M. DOMENE.

Manuel Azaña, *El jardín de los frailes*, Madrid, Nocturna, 2021.

El retrato de Alfredo Taján

POCO antes de escribir esta reseña, durante una lectura de Luis Alberto de Cuenca en Madrid para celebrar el Día Mundial de la Poesía, un amigo me comentó en voz baja: «es imposible que ahora surja una persona así». Aunque la frase era escueta y algo críptica, entendí inmediatamente lo que quería decir: alguien con el bagaje cultural del poeta —capaz de saltar sin esfuerzo y de manera brillante de la poesía a la cine, del cine al cómic, del cómic a la historia de la piratería o al mundo clásico— tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, en esta Espa-

ña nuestra. No es este el lugar para reflexionar sobre los motivos, pero parece indudable afirmar que la crisis de las humanidades, junto a la chapuzas implementadas en los distintos sistemas educativos públicos (sí, de Cuenca estudió en el famoso colegio privado El Pilar, pero hay otros factores determinantes, casi todos sociales y generacionales, más allá de su formación académica) y el desprestigio de la lectura frente al auge de las series o las redes sociales han llevado a una generación, la mía, y a las posteriores a palidecer intelectualmente frente a lo que ahora nos